

DIA DE CORPUS EN TOLEDO

Por FRANCISCO TOLSADA

Suelo venir con relativa frecuencia a este Toledo embrujado. La excesiva distancia que separa a la imperial ciudad del lugar acostumbrado por mí para reposar mis vacaciones, hacen viable, con relativa facilidad para el bolsillo y para la comodidad lo reconozco, un poco burguesa — esta periódica visita, que no tiene más objeto que la de sentir una vez más la emocionante soledad de sus calles tortuosas, la de gustar el encanto de sus rincones hechidos de sonoro silencio, la de divagar la mirada por sobre la bruja traza de sus torrecillas moriscas...

Desde luego que no me tienta en absoluto la condición gárrula del turista, superficial y fugitivo, en lucha permanente con el minuto inexorable que llega... Me place, por el contrario, no contar con el tiempo; sentirme minuto, segundo, en la maza del tiempo, como un átomo más de «esto» que gravita sobre Toledo.

El tiempo, para mí, no es un gran personaje trágico, como lo es para Azorín, por ejemplo, que se siente abrumado, encogido por eso que él ha llamado gran problema. En Toledo todo es tiempo, pero tiempo inerte, que no fluye, que no pasa. Lo son las piedras arrugadas de su «gran pesadumbre», soleados por único resplandor histórico y cronológico, sin eclipses ni soluciones; lo es la sombra estática de sus callejuelas empinadas y zigzagueantes, morena como la tez de sus mujeres, en que aún también se logra percibir el matiz morisco; lo son las tímidas flores de sus rejás que parecen ser, en esta primavera adelantada de hoy, las mismas que las de otras primaveras centenarias... Tiempo es, por ejemplo, también, ese aire que se ha dormido en el panorama gris, desesperación para todo pintor que no fuera Domenico y que encantaba a Mauricio Barrés, cuando se sentaba en los riscos de la Virgen del Valle, mientras llegaban a su oído los rumores ululantes del Tajo, entre las pétreas masas, tajadas por cíclopes, frente a la casa del Diamantista... Tiempo es también el gesto descompuesto, putrefacto ya, del rostro que del Cardenal Talavera; esculpiera Berruguete allá abajo, en la Vega.

Y tiempo suspenso, denso, sin fluencia, como colgado sobre la ciudad, cual esas nubes que en el Otoño se ciernen sobre el caserío abigarrado, es la penumbra que embalsaman las figuras que asisten al entierro del conde a quien vinieron a buscar San Esteban y San Agustín. Y lo es esa llama que arde perpétuamente, como un espíritu más en los cirios unánimes, que sin sostenerlos nadie, se mantienen solos, tras el cortejo fúnebre de los caballeros toledanos...

Si yo tuviera poder para imponerlo, haría de Toledo una etapa obligatoria para cada español, como, por ejemplo, lo es la Meca para el mundo árabe. No se puede sentir plenamente la íntima raíz de lo español, lo que el espíritu hispánico supone en el mundo, sino es viniendo a ver, a aspirar y a sentir, esta masa gris, este aroma denso de los tomillares cercanos, y esta densa sensación de tiempo que no pasa, como dormido sobre las agudas espeñadas de sus torrecillas, sobre el gran venablo de la torre catedralicia, tiempo, al fin todo ello, que logra perdurar, con ese espíritu unánime, a través de todos los avatores y de todas las tragedias.

Este año mi visita a Toledo se ha adelantado. Suelo anualmente escoger los días grises de Otoño porque en la luz de Otoño se hace más ceniza aún la ceniza de su caserío, y es cuando mejor suena el Tajo, y la llanura es más suave a lo

lejos y más dulce timbre tienen las voces de las monjas a través de los ventanales de Santo Domingo. Este año la visita se ha adelantado y han sido los días radiantes de la primavera los escogidos para deambular por las callejas toledanas, para divagar también la imaginación... Han sido días de tráfago, de fiestas, de multitudes que ascendían jadeantes la rampa y las escaleras que dan acceso a la ciudad; días de mucho sol que ponía aureolas densas en los cigarrales, y ensangrentaba las pocas vidrieras que aún quedan en los rosetones de la Catedral. Y me he encontrado con la sensación densa, aplomada sobre Toledo, la misma que se ve gravitar sobre el caserío en el «Plano y Ciudad de Toledo» que pintara el pintor griego que no gustaba a Felipe II, aunque, como dice el P. Si-güenza «hace cosas excelentes».

Y es que en Toledo todo es tiempo, y al tiempo no hay quien lo destruya, ni luces, ni estaciones, ni los hombres, ni las revoluciones...

“Hace años, en actos falangistas como este que estamos realizando, veiais ante vosotros grandes lienzos con los nombres de los camaradas Caídos. Hoy, ni este lienzo, ni las paredes, ni las bóvedas serían suficientes para contener la legión de guerreros que murieron por la Patria, el Pan y la Justicia. Ellos eran la lista de revista en cuya casilla de servicio se leía: «De guardia sobre los luceros». Su legado está en nuestras manos y nos trae la pregunta y la obligación del deber cumplido”.

Del discurso del Jefe Provincial del Movimiento de Madrid, camarada Carlos Ruiz, del día 14 del corriente

CLÁSICOS DEL MOVIMIENTO

El problema exacto de las juventudes

Ante ese panorama que hay a la vista, difícilmente encontrarán las juventudes un clavo donde asirse. Están solas, y eso, lejos de constituir para ellas un motivo de desazón y desánimo, va quizá a proporcionarles la gran coyuntura que España necesita. La deserción es imposible, porque iría ligada a una catástrofe histórica, cuya primer consecuencia equivaldría a la desaparición de España y al envilecimiento y esclavización de los españoles.

El pueblo español se encuentra ante un tope, en presencia de una línea divisoria. Desconocerlo equivale a engañarse y a desertar de la única consigna hoy posible, la de derruir ese tope y atravesar esa línea con las pisadas más fuertes.

Pues ocurre que en España hay fuerzas y energías suficientes para salir victoriosos de la prueba histórica y para romper en mil pedazos todo el largo tren de la inmundicia cancerosa. Esas fuerzas y esas energías sólo pueden ser de veras eficaces si la revolución nacional las incluye en su estrategia, dando satisfacción a sus clamores más justos.

El problema exacto de las juventudes españolas en este momento es ni menos el de que alcancen una plena conciencia de su misión histórica. Tienen además que saber que si esta no es realizada ni cumplida, España perece, y los españoles quedarán espiritual y económicamente decapitados.

RAMIRO LEDESMA RAMOS

Mayo de 1935

15 DE JUNIO DE 1094

Por CORAL MONTAGUD

Una gran fiesta en la historia de los reinos Hispánicos: la conquista de Valencia por el Cid. Y una fecha de la que casi nada se sabe. — Sólo el hecho escueto se cuenta en el anónimo «Poema del Cid»

«Metiolo en plazdo, — si les viesen huiar.
Nueve meses cumplidos, — sabet, sabrella yaz,
quando vino el dezeno — oviérongela dar.
Grandes son los gozos — que van por es logar
quando mio Cid ganó a Valencia — e entró en la Cibdad.»

Luego una pequeña referencia de los fesoros en oro, pedrerías, y especies que en la bella Sultana del Mediterráneo hallaron... y nada más. Sobre los hechos de la entrada, ni un cronicón. Quizás algunas leyendas que, por desgracia, no conozco... Hay que acudir a la imaginación, exactarla; que ni el gusto de Zorrilla a la brillantez oriental ni su gran dilocuencia, hablan de ello en su «Leyenda del Cid».

Pensemos en ese día. 15 de Junio. En tierra extraña y extraños sus habitantes a los cristianos conquistadores. El Cid entra en la ciudad, como soldado de su Rey y Señor don Alfonso VI. Por no humillar más a los vencidos, en silencio, retiróse a descansar y luego ordenó cuanto ordenó, dando pruebas de buena razón y gran sentido. Hace recontar sus soldados para que una vez cobrada la parte que para todos hubo, del rico botín que hallaron, no huyesen con el premio. Con gran alegría comprueba que tiene más hombres que al salir de Burgos.

Luego ordena también que lo más rico y mejor de todo sea para su Señor Natural el Rey castellano. Y con fabulosos presentes marcha Alvar Fáñez a Castilla, pidiendo en nombre del Cid, permita ir a Valencia a Doña Jimena y sus dos hijas. Nada más. La historia siguió sin poner sombra ni sol a este hecho. Aún en el marco florido de la Huerta y teniendo de fondo el mejor y más bello de los mares, resulta falto de colorido. No hay duda de que los soldados de Ruy Díaz de Vivar, se entregarían, como los soldados de todos los tiempos, a gustar de los placeres que en los tres meses de asedio y lucha continua tuvieron prohibidos. Luego en un bello desorden de lanzas y flores y corazas y olor de mar, a la luz de la luna descansaría todo. Imaginemos ahora, una entrada triunfal. No con tracas y cohetes, que no me gusta lo anacrónico, pero si un día brillante, azul sin nubes, y no muy caluroso, gracias a un fuerte viento que viene del mar. A media mañana, limpios y como nuevos, barbudos y morenos; entran los soldados del Cid, los infantes, por la puerta de la

Ciudad. Y van quedando formando una doble y larga fila por las calles y plazas más amplias. Luego, se escuchan a lo lejos sonos de cuernos; que el viento se lleva hacia Castilla doblando mucho las esbeltas palmeras.

Los habitantes de Valencia ansiosos de poder pasear tranquilos, y curiosos ante el movimiento de hombres, van asomando, primero sigilosamente y con miedo, a las puertas y ventanas, luego puede más la curiosidad, y al ver que nada les dice la soldadesca, van saliendo de las casas y agrupándose de tal modo que al sonar ya muy cerca los cuernos de guerra, todo el pueblo está en las calles, estirando el cuello por ver al Cid que iba a llegar en su hermoso Babieca rodeado de muchos hombres a caballo también. Va pasando entre sus tropas que le vitorean y aclaman. Al llegar al centro de la más rica de las plazas de Valencia, la mora más bella del reino, no por gusto, sino por mandato superior y miedo, se adelanta hasta él (La mitad de la plaza de detrás de ella está cubierta por blanquísimas y ricas telas a las que un centenar de moros dan guardia). Paró el Cid el caballo y bajó ayudado por dos escuderos, que lo muy cargado que iba de armaduras no le hubiese permitido bajar solo. Con apostura galante se acerca hasta la mora que de entre sus amplios velos y bestiduras blancas como los nardos, saca con manos morenas, perfectas y algo temblorosas, una corona de oro que lleva sobrepuesto laurel, al antiguo de los romanos. Le dá la bienvenida en perfecto castellano y, mientras el Cid se inclina para que le pongan la corona, aquel centenar de moros que velan la plaza, retiran del suelo las telas preciosas.

Todo el suelo queda tapizado de piedras preciosas, oro, monedas, especies de oriente y arcas y jarrones (cada una, una obra de arte) con perfumes y flores. Ni Alí-Babá al entrar en la cueva del capitán de los 40 ladrones el famoso Husain no pudo ver tantos tesoros juntos. El pueblo, los soldados, todos, están atónitos, con los ojos abiertos a más no poder; deslumbrados. Pero Ruy Díaz de Vivar «Castellano a las derechas» hace la señal de la Cruz, mira al cielo, sonríe y vuelve a montar prosiguiendo su paseo. Los moros guardan los tesoros a su nuevo señor. Los soldados deshacen la formación y se pierden entre el público. Ya desde entonces, y en todos los siglos precedentes, a los españoles nunca les ha importado la condición de un pueblo para dejar de ser vencedores y ser amigos. Nunca fueron tiranos de los conquistados y si muchas veces tutores. Que sus conquistas han sido siempre con el nombre de Dios y de la Virgen en los labios y por eso, aunque perdimos muchas tierras, ganamos tantos corazones. Y esa entrada victoriosa, ese ofrecer de los vencidos, seguramente no fué; pero ¡que bonito hubiera sido!

Lo que si es cierto es que rápidamente se juntaron cristianos y moros, quedando de esa fecha, buena para los españoles y todos los cristianos, el tipo actual de valencianos: el hombre, fuerte, valiente y rudo; la mujer bella y delicada como la misma flor del naranjo.